



Por qué las personas desean el poder

Español

<https://prompting-query.com/es/books/year-2025/why-people-want-power-essay/>

El deseo de poder es una de las motivaciones humanas más antiguas y persistentes. Sus raíces se hunden tanto en la historia como en la biología: los instintos de dominación, jerarquía y control de los recursos hacen que el poder resulte deseable y, para muchos, necesario. A lo largo de la historia, ese deseo ha encarnado en héroes, caudillos y monarcas, figuras en torno a las cuales se han construido no solo Estados, sino sistemas enteros de valores.

Sin embargo, por persistente que sea esa motivación, las condiciones sociales nos obligan una y otra vez a reconsiderar las razones del poder. La escasez de recursos, la competencia y el miedo al caos crean la necesidad de justificarlo: ¿por qué este poder, por qué ahora, por qué de esta manera? Es ahí donde más intervienen la cultura y la educación. Nos enseñan a ver el poder como una meta, una posición alcanzable, un símbolo de éxito. Estas razones se arraigan en los mitos, pasan de padres a hijos y forman parte de lo que se nos inculca.

Y, aun así, surge una pregunta: ¿qué habría ocurrido si la historia humana nunca hubiera hecho necesaria la búsqueda del poder? Imaginemos un mundo cuya organización social no contemplara jerarquías, donde los vínculos horizontales ocuparan el lugar de los verticales. La vida sería radicalmente distinta: quizá más flexible, quizá más caótica, pero sin duda diferente de la que conocemos. Nuestra forma de entender la legitimidad cambiaría con la misma profundidad: si el poder no necesitara razones ni explicaciones, podría parecernos natural o, por el contrario, absurdo.

Aquí, la razón se convierte en aquello que impide que el poder sea arbitrario. Queremos creer que tiene fundamentos, que no es un accidente, un capricho o un error. Esa creencia nos da una sensación de previsibilidad, estabilidad moral y confianza. Sin ella, el poder se percibe como tiranía o como caos, según la mirada de quien lo observa.

Pero ¿y si esa razón también fuera una justificación elaborada a posteriori? En tal caso, no precedería al poder: lo acompañaría como un adorno o una envoltura. Comprenderlo debilita nuestro sentido de la justicia: si la razón es una ilusión, el poder también podría ser un autoengaño.

Las razones se utilizan a menudo para justificar una supuesta superioridad moral. No son solo explicaciones lógicas: son pretensiones de verdad, del derecho a decidir qué está bien y qué está mal. Sobre esta base se levanta la retórica política: «Tenemos derecho porque...». Estas palabras poseen una fuerza que vuelve al poder duradero, transmisible y legítimo. Pero a veces no son más que una envoltura que oculta la fuerza bruta, el control y la coacción. Cuando esa envoltura se vuelve transparente, el poder pierde su magia y queda reducido a un mecanismo.

Si el poder careciera de toda justificación, aunque fuera un mito, estaría vacío. La gente obedecería únicamente por miedo o por inercia. Mientras exista alguna razón, por discutible que sea, el poder puede perdurar. Sin embargo, hay un riesgo: cuando esa razón pierde su contenido, el poder se convierte en manipulación. Entonces lo sostiene la impotencia, no la convicción.

Algunos investigadores creen que el miedo es la causa básica del deseo de poder. El miedo a la anarquía, al desorden y a la ausencia de límites empuja a las personas a someterse. El poder promete seguridad y estabilidad, incluso cuando el precio es una restricción de la libertad. También influyen otros motivos: la envidia, el carisma, el afán de afirmarse. A veces el poder es simplemente una manera de protegerse. Otras, una forma de compensar la angustia interior.

Imaginemos que el poder naciera del amor y no del miedo. En esa sociedad, liderar significaría cuidar, no dominar. El poder sería servicio, no sometimiento. ¿Es posible? En teoría, sí. En la práctica, estas formas de poder son raras y frágiles. Un deseo de poder nacido del amor necesita el apoyo de la comunidad, no solo de quien lo ejerce.

Si el poder naciera de la protesta, no preservaría el statu quo, sino que trataría de destruirlo. Sería la expresión de un impulso revolucionario, de una renovación constante y del rechazo a las jerarquías establecidas. En ese contexto perdería su función estabilizadora y se convertiría en instrumento de cambio, pero también en fuente de inestabilidad.

En la realidad, sin embargo, nos encontramos con una paradoja: cuanto más poder alcanza una persona, más a menudo se pierde a sí misma. La crisis existencial que surge al obtener el control deja al descubierto un vacío interior. Resulta que el poder no llena la vida de sentido; puede destruirlo. Entonces se siente como un abismo, no como una cumbre.

La sensación de que el poder carece de sentido puede nacer de una crisis personal, pero también de problemas del sistema: reformas fallidas, corrupción, agotamiento ideológico. Cuando el poder no da resultados, parece ineficaz, teatral. Las personas pierden la confianza, toman distancia y abandonan la participación política. El poder se vuelve un chiste: una farsa en lugar de un instrumento.

Imaginemos una sociedad en la que el poder siempre hubiera parecido lleno de sentido. Tal vez allí no habría surgido una filosofía de la duda ni la búsqueda de otras formas de gobierno. Pero precisamente esa duda impulsa el desarrollo intelectual y social. De ella nacen la crítica, la protesta y la revisión de nuestras ideas.

Cuando la falta de sentido del poder despierta a la gente en vez de sumirla en la apatía, surge una nueva relación con él. Las personas reconsideran su participación, buscan maneras de implicarse y exigen responsabilidad. Pero esto también puede conducir a la radicalización. Quien busca sentido a través del poder corre el riesgo de caer en el autoengaño y utilizarlo para llenar un vacío interior.

Esa persona puede llegar a creer que solo el poder le dará importancia. La falta de sentido no desaparece: queda escondida tras títulos, influencia y subordinados. Detrás suele latir una inquietud: «¿Y si todo esto no significa nada?». Esa angustia puede destruir la estructura desde dentro. El poder pierde entonces su estabilidad y comienza una crisis de legitimidad.

A veces esto se expresa como parodia cultural: el poder se vuelve objeto de burla y de sátira. Los rituales que antes parecían importantes se vacían. Si los fines del poder no coinciden con sus resultados, sus cimientos empiezan a desmoronarse. La gente deja de creer en sus promesas y el poder se queda sin futuro.

Aquí aparece otra cuestión importante: los fundamentos del poder. Sin ellos, se convierte en violencia. Hay culturas en las que el poder simplemente «existe», como un fenómeno natural. No necesita explicaciones. En otros contextos, sobre todo democráticos, un poder sin fundamento se percibe como una amenaza.

Por eso surgen relatos sobre el derecho divino, la tradición o el contrato entre el pueblo y sus gobernantes. Esos fundamentos dan legitimidad al poder. Las normas jurídicas lo codifican, la cultura lo protege y la educación lo explica. Todo ello crea una sensación de justicia. La gente siente que obedece a una lógica y no a una voluntad arbitraria.

Pero ¿y si el fundamento fuera solo una cortina de humo? ¿Y si encubriera la realidad en vez de reflejarla? El poder se convertiría entonces en manipulación, sobre todo si cambiara de justificación con demasiada frecuencia: de la religión al progreso, del progreso a la seguridad, de la seguridad a la supervivencia. Esa búsqueda constante de nuevos fundamentos desgasta la confianza. El poder pierde firmeza.

Cuando los fundamentos no están claros, comienza una lucha de interpretaciones. Unos dicen que el poder protege; otros, que amenaza. En esa lucha no vence quien tiene razón, sino quien más grita. Así se derrumban las instituciones, nace el populismo y desaparece el consenso.

Si el carisma sustituye a los fundamentos, el poder depende de una persona. Es peligroso: el carisma muere con quien lo encarna y la sucesión es incierta. El poder se convierte en espectáculo. Cuando el espectáculo termina, la gente queda sola ante el vacío.

A veces el fundamento es una simple costumbre. «Siempre ha sido así». Ahí reside la fuerza de la tradición, pero también su debilidad: no permite renovarse. El poder queda inmóvil, como un cuerpo momificado. Existe, pero ya no vive.

Y, sin embargo, pese a toda su fragilidad, tener un fundamento refuerza el sentido de la justicia. Si las personas comprenden y comparten la razón por la que existe el poder, lo aceptan incluso en tiempos difíciles. Sin eso, solo queda el miedo. O la indiferencia. O la rebelión.

El poder aparece inevitablemente allí donde es necesario coordinar conductas, administrar recursos, resolver conflictos y mantener el orden. Está presente en todas las formas de interacción organizada: desde las antiguas comunidades tribales hasta los Estados modernos, desde las familias hasta las empresas multinacionales e incluso las comunidades en línea. En cada contexto adopta formas propias que reflejan el desarrollo de la sociedad, sus necesidades y sus valores culturales.

La ausencia de poder, en cambio, se observa allí donde no hace falta gobernar o existen otras maneras de organizar la vida: igualdad, autonomía, autorregulación. Sin embargo, estas condiciones suelen durar poco o depender del aislamiento. Los ejemplos históricos —comunidades anarquistas, tribus sin jerarquías o experimentos utópicos breves— muestran que la ausencia absoluta de poder es rara en los sistemas organizados.

El poder se hace posible cuando coinciden ciertas condiciones: densidad de población, competencia por recursos escasos, redes complejas de comunicación, jerarquías o intereses que necesitan coordinarse. En cambio, se vuelve imposible o inestable ante la autonomía total, el aislamiento, el rechazo cultural del control o la ausencia de necesidad de estructurar las relaciones. En esos entornos, el poder no llega a surgir o se desintegra enseguida.

Estudiar el entorno en el que se forma el poder permite entender qué lo fortalece o lo debilita. Las crisis, los conflictos, la desigualdad elevada, las jerarquías y las divisiones sociales lo favorecen. En esas condiciones se percibe como una forma de sobrevivir y garantizar el orden. Las sociedades abiertas, las estructuras horizontales, la confianza mutua y las instituciones sólidas de autogobierno le resultan menos favorables. Reducen la necesidad de mecanismos de poder y pueden dar lugar a otras formas de regulación.

Los límites del poder no son solo líneas políticas y administrativas. También son barreras mentales, culturales y simbólicas. Aparecen en las ideas de los ciudadanos sobre hasta dónde pueden llegar

las instituciones, en las restricciones legales y en los mitos y rituales que contienen al poder o le otorgan una condición especial. No siempre son visibles, pero definen lo que el poder puede hacer y lo que le está permitido en una cultura determinada.

Cada región y cada cultura dan al poder formas diferentes. En unas sociedades está personificado y unido al carisma de un líder; en otras, está institucionalizado y es impersonal. Puede ser religioso, secular, militar, civil o digital. Cada forma responde a unas condiciones históricas, culturales y climáticas concretas. La geografía y la cultura actúan como un filtro: pueden fortalecer al poder y darle estabilidad y legitimidad, o volverlo frágil y propenso a las crisis.

La relación del poder con otras fuerzas es uno de los mejores indicios de su realidad y eficacia. El poder no existe aislado: está unido al derecho, al capital, a la información, a la violencia, a la religión y a la tecnología. Estas fuerzas pueden ampliar o limitar su alcance. Los medios de comunicación, por ejemplo, pueden ser su altavoz o su crítico; el ejército puede sostener un régimen o provocar un golpe de Estado.

Existen grupos organizados en los que el poder ocupa el centro o constituye una pieza más del conjunto. Entre ellos están las instituciones estatales, las empresas, los movimientos ideológicos, las organizaciones religiosas, los centros educativos y los círculos de élite. Cada grupo puede actuar como sujeto, portador u oponente del poder. A su vez, el poder forma parte de una familia más amplia de fenómenos de gobierno y regulación, junto con las normas, las sanciones, las leyes y los mitos.

Los grupos con los que se relaciona el poder también se dividen por funciones, rangos e instituciones. En ellos aparecen papeles distintos: gobernante, intermediario, crítico, portavoz, aliado, adversario. Cada uno influye tanto en la estructura del poder como en su forma de actuar. El lugar del propio poder dentro del grupo depende de cómo se lo entienda: como fuente de orden, instrumento de opresión u objeto de manipulación.

Esos papeles condicionan, a su vez, la relación entre el poder y otras fuerzas. Las interacciones pueden ser de cooperación, competencia, conflicto, simbiosis, evasión o explotación. El poder puede coaccionar, persuadir, manipular o regular. Su estilo depende del contexto cultural, de sus fundamentos ideológicos y de su legitimidad.

Los grupos sociales —el pueblo, las élites, el ejército, las instituciones religiosas y el mundo empresarial— desempeñan un papel central en la dinámica del poder. Pueden ejercerlo y también recibir sus efectos. Algunas culturas lo sacralizan; otras le quitan su carácter sagrado. El interés por conservarlo o destruirlo depende del reparto de beneficios, del capital simbólico y de los relatos que lo sostienen.

El poder nace de la necesidad de coordinar, proteger, repartir recursos y regular conductas. Sus causas pueden venir de fuera —amenazas, conflictos, desastres naturales— o de dentro, de la necesidad de ordenar la vida. El poder es la respuesta de la sociedad al desafío de la complejidad.

Las consecuencias del poder son ambivalentes: puede proporcionar estabilidad y favorecer el desarrollo, pero también causar opresión, estancamiento y distorsiones. Afecta a todos los niveles de la vida, desde la distribución de bienes hasta el control del pensamiento. Sus funciones, visibles y ocultas, incluyen la protección, la coordinación, la violencia, la manipulación y la imposición de sentido.

También hay otras causas de la formación del poder: las preferencias culturales, los mitos, las posibilidades tecnológicas, el azar y el carisma. Cualquiera de ellas puede servir de base a un régimen singular.

Si el poder no protegiera, se lo vería como un parásito. Si nada hiciera posible su legitimidad, se lo cuestionaría sin descanso. Si no tuviera consecuencias, sería una ficción y no un fenómeno real.

El poder es, por tanto, algo más que un mecanismo de gobierno. Es un fenómeno de múltiples capas, dinámico y creador de sentido, que moldea no solo el orden social, sino la propia estructura del conocimiento, la identidad y la acción. Está entretejido con el tiempo, el espacio, las causas, las relaciones sociales, la cultura y la filosofía. Cada análisis en cascada muestra que el poder no es una esencia fija, sino una red de interacciones, diferencias, historias y símbolos que se reorganiza continuamente según el contexto.